

Carmen Castillo: "Quiero reencontrarme con los que están vivos y los ausentes"

CARMEN IMPERATORE

Cuando llegó al aeropuerto, el lunes pasado, Carmen Castillo, hoy de 42 años, supo que estaba autorizada para permanecer en Chile sólo 30 días. Desde ese momento ha-

cia adelante comenzó su reencuentro. "Me dicen que no hable del pasado, pero éste no se puede negar. Soy la hija de Fernando Castillo, pero también fui amiga íntima de Beatriz Allende, trabajé con su padre (Sal-

vador Allende) durante un año y mi gran amor fue Miguel (Enríquez); ¿cómo lograr hacer la continuidad? Porque, evidentemente, ya no soy militante de nada, pero estando en Chile, no puedo olvidar..."

Cuenta que ha recibido dos grandes regalos: el pasaporte francés que le dio el Presidente François Mitterrand ("porque antes no tenía papeles, sólo un documento de esos que le daba Naciones Unidas a los judíos después de la Segunda Guerra Mundial, marcado") y el de su padre, que consiguió traerla "a reconstruir mi identidad de chilena".

—¿Qué ha significado para usted llegar a Chile?

—Ha sido una gran alegría, pero también un sufrimiento tremendo, porque no he podido sacar de mi cabeza a Miguel, a los que ya no están, a mis amigos, a los que todavía no pueden venir. Descubro el privilegio que es estar aquí. Es una conquista de mi padre, pues se atrevió a convertir en un hecho comunitario, colectivo, social y político el sufrimiento individual. Y lo logró con una fuerza extraordinaria.

—¿Su encuentro con su padre...?

—Es algo muy fuerte, muy importante; porque él y mi madre han sido durante estos años mi vínculo con Chile. A través de ellos he recibido palabras, imágenes, recortes de diarios, cartas... vida... Chile comenzó, poco a poco, a poblarse de rostros y de objetos, porque el tiempo era... (calla durante un largo rato)... el dolor puro de la salida, del horror. O el sufrimiento y la ayuda a una vida que continuaba, pero que yo no lograba comunicar concretamente.

—Háblenos de su marido.

—Pierre (Devart) es un hombre muy chileno. Ha venido muchas veces y nos encontramos cuando me propuso trabajar juntos en una película de aniversario —en 1983—, que llamamos *Los Muros de Santiago*. Se trata de un diálogo entre un padre y una hija exiliada, que soy yo. Toda la filmación, Pierre la hizo en Chile, enviándonos las imágenes para descubrir qué producían en mí, como mujer exiliada: qué recuerdos, qué emociones, qué rabia, qué sufrimientos. Nos conocimos, trabajamos juntos y la película tuvo mucho éxito, porque era muy original hablar de un país y de lo que había ocurrido, mediante un padre y una hija que se comunican a través del océano. Pierre ha sido



Carmen Castillo: "Rehacer los pedazos, reconstruir en mi memoria, es muy complicado".

un compañero que me ha ayudado a reunir mis diferentes partes, porque en un período Camila (su hija con Andrés Pascal) estaba en La Habana, yo en París, mis padres en Santiago, mi hermano Cristián en Venezuela y Javiera, la hija de Miguel, en México. Fue Pierre el compañero que me ayudó y me comprendió. He vivido todos estos años en Francia, pero mi vida en París. Mi trabajo, mis intereses y mis ocupaciones están siempre vinculados con Latinoamérica.

Asegura que llegar a Chile "es violento, muy violento, porque vuelven a surgir la abuela, la quinta, mi infancia, mi adolescencia y está ese sufrimiento tremendo, tremendo, pues no puedo olvidar el momento de la salida y no puedo dejar de pensar".

—¿Qué sintió cuando recibió el texto escrito por su padre para conseguir que usted volviera?

—Nunca he visto que alguien lograra con tanta claridad, con un lenguaje tan preciso, hacer de su dolor una convocatoria que todos han acogido con tanta fuerza. He

leído mucho de literatura y escritos políticos, pero nunca algo como ese texto. Como que la gente no se atreve a pedir ayuda y mi padre lo hizo. Algo tan simple. Yo aprendí de él que es una suerte en la vida tener a quien darle las gracias. Es valioso agradecerle a las personas que todos estos años nos han ayudado y apoyado siempre, porque quiere decir que no estamos solos. Mi padre nos ha dado a mi hermano y a mí un regalo extraordinario, que es poder venir a Chile estando él vivo y lograr sentir y reconstruir una identidad chilena ahora. Porque siento que si él muere y no hemos podido venir, habría sido una ruptura tal vez definitiva.

"Ahora vamos a luchar para que viva, lo llevaré a Francia para que lo operen, si es necesaria una operación, y me gustaría volver a Chile con él".

Continúa: "Desde niña, mi padre ha sido para mí un hombre extraordinario, que tiene otra forma de comunicarse; posee un cariño, un respeto, una ética y una transparencia para denunciar la injusticia. Cuando supe que podía

volver, sentí que era él quien me llamaba y que yo venía a encontrarme con mi padre. Al partir de mi casa, sentí que iba a aprender a moverme, a hablar, porque es necesario ser humilde. No tengo verdad, ni conocimientos. No tengo nada que decir.

"Quiero reencontrarme con los que están vivos y con los ausentes, porque ése es también un reencuentro; aunque los he llevado siempre conmigo. Pero volver y que ellos no estén... ¿Cómo logro dialogar y caminar?"

—¿Cómo han transcurrido los días desde que llegó?

—Vivo en la casa y acá lo más importante es el dormitorio de mi papá y de mi mamá. Es el lugar central, donde se meten los niños en la cama y conversamos alrededor de ellos. Y yo he acompañado a mi padre a algunas comunidades con mi hermano Cristián. Quiero ir de a poquitito. No tengo fuerza para ir rápido. Porque estoy muy incompleta y muy, muy triste (durante un largo rato permanece pensativa). Rehacer los pedazos, reconstruir en mi memoria, es muy complicado.